

guarniciones de los pueblos inmediatos, alcanzaban con frecuencia, algunas ventajas. El día 27 de Octubre se aproximaron á Tlalpam, donde habia una corta fuerza de guardia civil, compuesta de algunos de los vecinos. El prefecto que era el coronel D. Ignacio de la Garza y Falcon, decidido imperialista, se propuso hacer una vigorosa resistencia. Los juaristas presentándose á las dos de la madrugada frente al punto en que se habian situado los contrarios, acometieron con extraordinario ímpetu, siendo recibidos con un vivo fuego. Aunque rechazados por dos veces los asaltantes, no por esto desmayaron, y habiéndose propuesto alcanzar el triunfo, siguieron atacando cada vez con mayor brío. El prefecto D. Ignacio de la Garza Falcon, comprendiendo que era imposible sostenerse en el punto que ocupaba, se retiró con su corta fuerza, haciendo fuego en retirada, á la puerta de la poblacion llamada *garita de Méjico*. Allí resistió los ataques de sus contrarios hasta las ocho de la mañana; pero habiendo los juaristas acercado una pieza de artillería, se replegó á la hacienda de Coapan, de donde ofició á la prefectura de Méjico dando noticia de los sucesos y pidiendo refuerzos. Dueños de la poblacion los asaltantes, se hicieron de los caballos y recursos que pudieron, y sabiendo que el auxilio pedido por el prefecto Falcon llegaba, se retiraron tranquilamente al monte de Ajusco.

Tambien en el Estado de Jalisco alcanzaron algunos triunfos las armas juaristas contra algunas partidas conservadoras que se aproximaban á Guadalajara, y en el de Veracruz atacaban con frecuencia las escoltas que conducian convoyes.

Como los rápidos movimientos de las guerrillas hacia imposible que las divisiones de alguna importancia pudieran acosarlas de continuo, los imperialistas organizaron contra-guerrillas, compuestas de soldados mejicanos y franceses, que se pusieron inmediatamente en movimiento en diversos rumbos del valle de Méjico.

Mientras las cortas secciones de una y otra parte y las guerrillas y contra-guerrillas tenian frecuentes encuentros, ambos gobiernos preparaban sus cuerpos de ejército para la importante campaña del interior que se anunciaba para los primeros dias de Noviembre. Las fuerzas juaristas, en respetable número y bastante bien organizadas, se habian concentrado en el camino de Querétaro. Su plan era hacer pasar el mayor número de ellas á retaguardia de las aliadas cuando éstas saliesen de Méjico, á fin de cortarlas los envíos de víveres y quitarles la comunicacion con la capital, al mismo tiempo que se les atacaba en los pasos mas difíciles.

A su vez los imperialistas disponian su plan de campaña, y preparaban sus divisiones con objeto de apoderarse de las principales poblaciones del interior.

Como todo hacia creer que muy en breve se dirigirian tropas franco-mejicanas hácia Morelia, el general juarista D. Ramon Iglesias, que era el comandante militar de la plaza, declaró la ciudad en estado de sitio el día 28, conforme á las instrucciones que habia recibido del general de division, gobernador y comandante militar del Estado, D. José Lopez Uruga, reasumiendo el comandante de las armas los poderes político y militar. Ninguna persona, cualquiera que fuese la clase á que perteneciera, podia

1863. entrar ni salir sin presentarse al comandante militar para que se le expidiera el pasaporte respectivo, bajo la pena de ser tratada y juzgada como espía del enemigo. Todo el que tuviese alguna arma en su casa, debía entregarla en el término de seis horas, debiendo ser, de lo contrario, castigado como traidor á la patria. Se mandaba que todos los súbditos franceses que estaban en la ciudad, se presentasen á la comandancia militar á pedir su pasaporte para salir en el improrogable término de veinticuatro horas á los puntos que se les designasen, bajo la pena de ser juzgados y tratados como espías del enemigo. Se prohibía la reunion de mas de cinco individuos, y se daban otras disposiciones propias de una plaza que se declara en estado de sitio.

Para despertar el entusiasmo de los que combatian contra la intervencion y el imperio, publicó una proclama en que hacia ver que el peligro estaba cerca y que era preciso disponerse al combate. «Conciudadanos,» decia, anunciando que no estaba lejos el dia de la lucha: «el enemigo »se dispone á invadir el interior de la república, y es necesario que nos encuentre dispuestos á sacrificar por la »patria nuestras vidas y nuestros intereses.»

Aunque uno y otro partido se preparaban para la próxima campaña del interior, no por eso descuidaba ninguno de ellos el combatir á sus contrarios en el importante Estado de Veracruz. Los juaristas ocupaban la agradable poblacion de Jalapa, el pueblo de Perote con su inmediato fuerte de San Carlos y otros puntos, de donde se lanzaban, en momento oportuno, sobre los convoyes, trabando continuos combates sobre las fuerzas que los

custodiaban. Los jefes juaristas Hernandez, Don Manuel Diaz Miron y otros, tenian en continua actividad su gente, y se presentaban de repente ante sus contrarios, cuando mas lejos los juzgaban éstos. Para hacerles abandonar los puntos principales que tenian, salió de Puebla, el dia 15 de Octubre, el general imperialista Liceaga con la brigada de su nombre. Al aproximarse al pueblo de Perote, la corta fuerza juarista que en él se hallaba, lo abandonó, ocupándolo, en consecuencia, sin tirar un tiro, la tropa de Liceaga, así como el inmediato fuerte de San Carlos.

En esos momentos en que mas precisa era la union entre los jefes republicanos que sostenian la campaña en el Estado de Veracruz para hacer frente á sus contrarios, se verificó un rompimiento entre dos de los de mas influencia y nombre. Fueron estos D. Manuel Diaz Miron y el general D. Luciano Prieto. El primero, que era gobernador del Estado de Veracruz, habia pedido al segundo que le entregase el mando del distrito de Jalapa. El general D. Luciano Prieto se negó á ello, y entonces D. Manuel Diaz Miron, le intimó, el dia 17, la entrega de la plaza, amenazándole atacarle si no obsequiaba su peticion. No habiendo alcanzado contestacion favorable, dispuso el ataque; y el 18, sábado, á las cuatro de la mañana, atacó á la poblacion con ochocientos hombres que llevaba. Don Luciano Prieto que contaba con una guarnicion de cuatrocientos soldados y que se habia preparado al ataque situando sus fuerzas en las azoteas de los principales edificios, recibió á los asaltantes con un fuego activísimo de fusilería. El combate se emprendió en la Plaza de la Cons-

titucion y en las calles de la Amargura y de Belen. La lucha duró hasta las doce del dia, hora en que las tropas de D. Manuel Miron, que habian tenido las sensibles pérdidas de treinta muertos y treinta y cinco heridos, contándose entre los primeros el general Cerega, se retiraron á sus posiciones. El domingo, á las doce de la noche, los sitiadores emprendieron otro ataque sobre el convento de San Francisco; pero encontrando una vigorosa resistencia, se vieron precisados tambien á retroceder á sus puntos, sufriendo lamentables bajas. El lunes trató Don Manuel

1863. Diaz Miron de apoderarse de la fábrica del
Octubre. Molino, creyendo que allí la suerte le favorecería; pero á pesar de sus esfuerzos fué tambien rechazado con pérdida de tres soldados muertos y de varios heridos. No decayendo su ánimo por estos reveses, emprendió el martes otro ataque en la calle de Santiago; pero conociendo que sus esfuerzos eran inútiles, abandonó la empresa; y se alejó de Jalapa, con rumbo á Coatepec, de donde se dirigió á Costatlan, llevándose con él á los guardias nacionales que pudo reunir en Tiocelo, Jico y Coatepec.

Entre tanto, el general imperialista Liceaga, despues de haber dejado una corta guarnicion en el pueblo de Perote, se dirigia hácia Jalapa con intento de apoderarse de la poblacion, bien ageno de imaginarse de la lucha trabada entre los dos jefes juaristas. El dia 23 de Octubre, al hallarse á tres leguas de la poblacion, quedó agradablemente sorprendido al recibir una comunicacion del ayuntamiento de Jalapa, que tenia por objeto solicitar garantías para la ciudad y poner en su conocimiento que el ge-

neral D. Luciano Prieto, con las fuerzas de su mando, se hallaba aun ocupando la plaza para evitar que entrasen á ella las tropas de D. Manuel Diaz Miron. El jefe imperialista contestó, por medio de la comision enviada por el ayuntamiento, que el vecindario debia estar seguro de que en nada seria molestado; que el general D. Luciano Prieto podia permanecer allí con sus fuerzas, en tanto que él llegaba, dándole por su parte todas las garantías que exigian el honor y la buena fé, recomendando además se le hiciese saber que anhelaba tener con él una conferencia. Pocas horas despues llegó el jefe imperialista á la puerta de la ciudad en que le esperaba el general D. Luciano Prieto, en virtud de haber manifestado el primero que deseaba hablar con él. Verificada la entrevista, el general Prieto, que se habia llegado á persuadir de que el imperio podria proporcionar al país la paz por todos anhelada, reconoció al gobierno de la Regencia, y pasó á Puebla, lugar de su residencia, á presentarse al general Brincourt.

Dueños los imperialistas de la pintoresca poblacion de Jalapa, la Regencia nombró prefecto político de ella al abogado D. Francisco Mora y Daza, persona muy conocedora de aquella localidad y muy apreciada de todos por su ilustracion y honradez.

Al lado de este suceso favorable para las armas imperialistas, se presentó otro adverso para ellas, verificado casi en los mismos dias. Desde el dia 20 se supo en Tasco que una respetable division republicana, á las órdenes del general juarista D. Porfirio Diaz, se dirigia hácia Oajaca y que se proponia pasar por la poblacion. Tasco es un pue-

blo de ochocientos habitantes, edificado sobre una colina gastada y dominada por otras alturas. En tiempos normales casi toda la poblacion se ocupa en los trabajos de las minas que son bastante abundantes en ricos metales. Es una raza aquella de hombres enérgicos, resueltos, valientes, sumamente apegados á sus tradiciones religiosas, y enemigos irreconciliables de sus vecinos los del Sur. Celosos defensores de la idea católica, se habian adherido á la causa del imperio, y se habian armado para defenderse de los que intentasen atacarles. Varios combates llegaron á sostener contra los surianos desde que empuñaron las armas por la causa imperialista, y en aquellos mismos momentos en que supieron la proximidad de D. Porfirio Diaz, llevaban, por decirlo así, tres semanas de verse asediados por ellos, al mando de Mena, Estéva y de Figueroa, quienes, no atreviéndose á atacarles, ocupaban sus fuerzas en cortar las comunicaciones entre Tasco y los distritos inmediatos. En esas circunstancias llegó al frente de la poblacion, la noche del 26 de Octubre, el general D. Porfirio Diaz, á la cabeza de tres mil hombres con excelente armamento y tres piezas de artillería. No habia en el pueblo á la sazón mas que una corta fuerza de milicianos del lugar, que no llegaba á doscientos hombres, con

1863. gar, que no llegaba á doscientos hombres, con
 Octubre. una pieza de artillería. Este escaso número de gente que se habia propuesto resistir á todo trance á sus contrarios, se hallaba al mando de D. Márcos Toledo, jóven tasqueño, que á penas tenia veintitres años de edad, pero de valor extraordinario, de inquebrantable fortaleza y de ideas altamente religiosas. Desde el momento que tuvo noticia de que Don Porfirio Diaz se dirigia hácia la

poblacion, formó su plan de defensa. Su primer providencia, al acercarse los contrarios, fué abandonar las avenidas del pueblo y concentrar toda su gente en el cuadro de la plaza. Las calles que en ella desembocan estaban atrincheradas y cortadas con foso; y el cañon, que era de corto calibre, debia obrar contra las columnas que llegáran á traspasar las obras de defensa: la fuerza la fraccionó en destacamentos destinados á enfilear á los asaltantes. La iglesia parroquial servia de fortaleza y último asilo para el caso de ser invadido el cuadro.

Al brillar la luz primera del dia 27, D. Porfirio Diaz, despues de situar sus tropas convenientemente, intimó la rendicion de la plaza al comandante de Tasco D. Márcos Toledo, garantizando la vida de todos los defensores, si no oponian resistencia, y amenazando con llevar á fuego y sangre la toma de la poblacion en caso contrario.

El asunto fué tumultuosamente discutido, y se decidió, en medio de la mas extraordinaria exaltacion, luchar hasta vencer ó morir. Las mujeres, dominadas del mismo sentimiento que los hombres, lanzaban gritos de guerra, excitando á los voluntarios á la defensa de la plaza y á morir por la religion. Unicamente el cura, apellidado Argüelles, secundado por un aleman llamado D. Carlos Fuch, opinaron que debia entrarse en parlamento, haciendo presente que Tasco no podria sostenerse largo tiempo contra las superiores fuerzas de los sitiadores, y que era una temeridad exasperar al enemigo con una resistencia que, á pesar de todos sus esfuerzos y el valor de sus heróicos vecinos, debia guiar infaliblemente á una catástrofe. Estas razones no encontraron acogida en aquellos hombres que se sentian